

CONVERSA
CIONES
CON...

Marià Corbí

Religión, espiritualidad y calidad humana en la sociedad de la innovación

Teresa Guardans. Documentalista y Profesora del CETR. Barcelona.

Marià Corbí, nacido en 1932, ha dedicado la vida al estudio de las consecuencias religiosas e ideológicas de la industrialización y del avance de las llamadas "sociedades de conocimiento". Su empeño ha sido analizar los síntomas de los cambios, comprender para poder diseñar el futuro, "diagnosticar" para crear. Es de los que no se jubilan. En este momento está enfrascado en la investigación de una "epistemología axiológica", la que ofrecería una legalidad a la construcción de los proyectos colectivos; a la vez que atiende a las actividades del CETR —el Centro de Estudio de las Tradiciones de Sabiduría— en Barcelona, una entidad creada hace unos años bajo su impulso. Licenciado en Teología y doctor en Filosofía, Marià Corbí ha sido profesor del Departamento de Ciencias Sociales de ESADE y de la Fundación Vidal y Barraquer.

Preparando el encuentro, no resultaba fácil establecer un hilo ordenado de temas a tratar, pues el pensamiento de Corbí entrelaza permanente-

mente dos hebras: transformaciones religiosas y transformaciones sociales. Eso sí, siempre desde la perspectiva de la configuración de los valores, de la vivencia de los ámbitos cualitativos: sentido de vida colectivo, proyectos, espiritualidad. Y, cada una de las dos, desde la teoría y desde la práctica, desde el análisis y desde el esfuerzo por ofrecer propuestas. Difícil separar vida y obra. Él dice que es como en el arte, “vida e indagación no van separadas”. La comparación con el mundo del arte será recurrente a lo largo de toda la conversación. “Es natural, mi base humana es musical”, comenta. Hijo de músico, estudió piano desde pequeño y veremos que son sus conocimientos musicales los que le proporcionarán las primeras pistas sobre las transformaciones de los sistemas de valores.

-¿Cómo te presento?

Imagino que como un buscador, como un estudioso. ¡No he hecho otra cosa!

Doy fe de ello. Te conocí hace ya casi cuarenta años desentrañando mitos, sumergido en la lingüística, la lógica del símbolo, la antropología cultural. ¡Y hasta hoy! ¿Cómo definir lo que te preocupaba entonces, lo que te ha mantenido ocupado toda la vida?

El desplazamiento. Percibía que todo aquello que sustentaba las formas de pensar, sentir y actuar de las gentes estaba quedando desplazado, desplazado en relación a lo religioso, en relación a lo que hasta entonces había servido para orientar a los colectivos humanos. Un distanciamiento que crecía día a día; y no ha hecho más que aumentar. ¿Por qué? No basta con constatar que eso es así. Para poder construir hay que entender los porqués de esos desplazamientos, entender la relación entre los cuadros axiológicos –de valor– y las formas de vida.

En aquel entonces formabas parte de un equipo de investigación, el Instituto Científico Interdisciplinar, en el que os reuníais investigadores de distintas ciencias sociales, economía, historia, sociología, pero también de otras ramas científicas. Y abríais las puertas de vuestros debates y seminarios a los estudiantes que nos acercábamos por ahí.

Sí, la mayoría estábamos relacionados con ESADE, que llevaba ya unos pocos años en funcionamiento. Nos unía el interés por estudiar los cambios que se estaban produciendo. Poder compartir aportaciones desde distintas disciplinas nos enriquecía a todos, y a la vez nos permitía comprender mejor la extensión y la hondura del fenómeno. Éramos gentes educadas en el nacionalcatolicismo y percibíamos cómo el mundo del que veníamos se iba cayendo a pedazos, o se iba alejando más y más.

Lo difícil era saber cómo abordarlo, encontrar herramientas para estudiar los fenómenos valorales. En mi caso, sé que la pista para atreverme a indagar me la dio la música, aunque pueda parecer extraño.

Dediqué mi tesina de filosofía a estudiar los lenguajes musicales del siglo XX; ahí podía verse claramente que lo que era legal en un período dado, en cuanto a la construcción del lenguaje musical, en otro se convertía en ilegal; y al revés, lo ilegal pasaba a ser legal. Y de ahí la intuición de que podía estar sucediendo alguna cosa parecida con las religiones y los sistemas de valores, con el desplazamiento de sus discursos y formas. Pensé que valía la pena estudiarlo. Pero no sabía cómo. Me lancé como pude a recorrer las distintas disciplinas que se acercaban a los mitos y símbolos, que son las formas por excelencia de expresión de lo axiológico, empezando por los estudios del lenguaje de los neopositivistas, el psicoanálisis o la filosofía, los análisis del discurso de las distintas escuelas lingüísticas... Me sumergí también en la etnografía y la antropología.

Cuanto más ejemplos estudiaba, más evidente se hacía que había una conexión intrínseca entre los modos de vida de un pueblo y sus mitos. Las narraciones de los cazadores-recolectores, fueran de donde fueran, compartían unos elementos troncales comunes; las de los agricultores otros, y así sucesivamente. Según el modo de vida, detectaba mitologías muy parecidas a nivel superficial pero es que, a nivel profundo, eran prácticamente idénticas. ¿Cuál era la clave de esa relación? ¿qué implicaba qué? En la música había visto los cambios de lenguaje, pero su relación con los cambios de vida no era tan explícita. Aquí sí, pero ¿en qué consistía? ¿cómo estudiarla? Fue un trabajo arduo, hasta que no pude empezar a armar instrumentos adecuados de análisis que me permitieran estudiar la estructura de los modos de sobrevivencia y la estructura de las narraciones míticas, y ponerlos en paralelo. Si podía analizar y descomponer cada una de ellas, podría establecer la comparativa y analizar el tipo de relación. El resultado fue lo que presenté en la tesis doctoral.

Tu "Análisis epistemológico de las configuraciones axiológicas humanas" que publicó la Universidad de Salamanca. Volveremos a ello, pero quiero remarcar que cuando dices relación entre modos de vida y mitos no te refieres sólo a las narraciones propiamente dichas sino a todo lo que se desprende de ellas y da forma de vida a un pueblo: cosmovisión, relaciones sociales, moralidad, organización.

No es que todo eso se desprenda de los mitos, sino que una forma de vivir genera un modo de pensar y de sentir. Un mito, un determinado mundo mítico, está compuesto de historias y más historias, pero en todas ellas hay una matriz común a nivel profundo. En paralelo, cada

modo de vida, caza, pastoreo, agricultura... se desarrolla a través de todo un abanico de acciones pero hay elementos nucleares como, por ejemplo, matar a un animal como fuente de vida. Por lo tanto: la muerte da vida. O enterrar el grano para obtener vida –en el caso agrícola–... La vida resurge del paso por la muerte... Es en esos elementos nucleares donde se produce la profunda conexión a partir de la que se despliega todo un modo de pensamiento elaborado a través de mitos, símbolos, sistemas de valores.

Lo que me preocupaba y ocupaba era la relación entre unos modos de pensar y unos modos de vida. Ahí tenía que estar la clave del desplazamiento. Y, efectivamente, pude mostrar que la matriz del sistema de valores y de sus narraciones míticas, en nuestro entorno cultural, correspondía al modelo agrario autoritario, un modelo más y más marginal cuanto más avanzaba el proceso de industrialización. La estructura matricial del mundo religioso, tal como lo habíamos vivido, era netamente agraria autoritaria; no podría sostenerse mucho más tiempo. Y todavía se ha acelerado más el distanciamiento a partir del advenimiento de las sociedades de innovación continua.

En relación con ello te preguntaría ahora sobre el sentido de tus afirmaciones de que el tiempo de las religiones, tal como las habíamos conocido hasta ahora, ha llegado a su fin. Pero sé que, para poder seguir tu respuesta, antes deberíamos abordar otro de los temas centrales de tu pensamiento: el del doble acceso a la realidad, dos modos de conocimiento, doble uso de nuestras capacidades.

Intentemos sintetizarlo. Veía que esas estructuras míticas orientaban a dos niveles: el de las respuestas a las necesidades y el de un interés gratuito por la realidad. Me explico. Las demás especies tienen fijado genéticamente su mundo. Su programa genético les proporciona una clara determinación del que es su mundo (selección e interpretación de las señales, cómo actuar, cómo responder a la estimulación para asegurar la sobrevivencia). Cualquier especie para cambiar su relación con el medio está obligada a hacer una mutación genética.

En la especie humana, el habla introduce una innovación esencial: el significado de las cosas se transfiere al soporte acústico. La palabra será la unión del significado y el significante acústico, refiriéndose a las cosas. Accedemos a la realidad a través de la formalización lingüística de la misma, algo así como una red intermedia de palabras que modela la realidad. La gran ventaja que aporta el habla es la adaptabilidad, ya que el sentido del mundo, cómo actuar e interactuar, etc., toda esa información viaja en las palabras no en los genes, la transmitimos hablando; y podemos modificarla modificando el significado de las palabras.

Pero tiene otras consecuencias importantes. Las demás especies viven una identificación entre su percepción y la realidad misma. En el caso humano la distancia generada por el habla proporciona la distinción entre el significado que las cosas tienen para mí y el hecho de que la realidad está ahí, no en función de mi sobrevivencia. El resultado es un doble acceso al medio y a nosotros mismos. El primero tiene que ver con la interpretación/valoración de las cosas en relación a nosotros como vivientes necesitados, y el segundo es el acceso a “eso de ahí”, con independencia del significado que pueda tener para esos seres necesitados que somos. Por resumirlo en un ejemplo simple: puedes ver una manzana desde la perspectiva del hambre que tengas, o puedes contemplarla poniendo entre paréntesis tus necesidades, captar lo extraordinario de su misma existencia.

Así, una dimensión de la realidad –un modo de verla, un modo de conocimiento–, es la relativa a nuestra necesidad. La otra dimensión es *ab soluta* (suelta de), independiente de la interpretación necesitada. Eso es patrimonio exclusivo humano. Llegamos a tener noticia de que “eso de ahí” existe por sí mismo, con independencia de su relación con nosotros y de las significaciones que le atribuimos. Esa doble experiencia de lo real es lo que constituye nuestra cualidad específica humana, nuestro núcleo antropológico. Y gracias a ella podemos cambiar, cuando las circunstancias lo requieren. Si no pudiéramos alejarnos de una determinada visión de la realidad, modelada por la necesidad, no sería posible innovar, modificar conductas y patrones. Esa dimensión de la realidad, no relativa a la necesidad, está también en la raíz de la experiencia artística, filosófica, la gran ética... de todo aquello que va más allá de la actividad de un viviente movido por sus necesidades, la raíz de la gratuidad, de esas actitudes de profunda cualidad humana.

Cuando hablas de acceso a la dimensión absoluta, ¿podríamos decir que te refieres a lo que entendemos normalmente por “experiencia espiritual”?

Sí, si la expresión no te aleja de la realidad; si te permite pensar esa posibilidad como lo que nos constituye como seres humanos. Es la posibilidad de tener acceso a una dimensión gratuita, que no “sirve” para nada, pero que se vive como una aproximación mucho más real, más honda, más verdadera, a la realidad, ya que lo que “ahí se muestra” no es fruto de la modelación que impone mi necesidad; no es conocimiento instrumental, al servicio de nada, sino interés por lo que aquí hay. Por ello insisto en subrayar que es fuente de cualidad humana, porque es fuente de genuino interés, fuente de amor, de una comprensión no instrumentalizada al servicio de nada. Y, por ello mismo, al servicio de

todo... Un conocer, una verdad que brota del silencio interior, del silencio de la necesidad. Del silencio de nuestro ser necesitado.

Le dedicas un libro, Conocer desde el silencio, del que cito a menudo fragmentos en los que describes esa segunda dimensión de nuestro conocer, que no es concepto, palabra, representación, interpretación... sino intuición, presencia inmediata, unidad lúcida con lo que se conoce, que "brota del misterio silencioso de uno mismo y vuelve a ese mismo misterio". Leyéndote me vienen siempre a la memoria las descripciones del "saber" de María Zambrano: "saber desinteresado que viene a resultar el más profundamente interesado de todos pues el conocedor se hace uno con lo conocido".

Sí, esa es la gran posibilidad, tan peculiar, del conocimiento humano. Si la palabra "espiritual" no nos aleja de lo genuinamente humano, puede seguir siendo válida; yo prefiero referirme a esa posibilidad en términos de "cualidad humana profunda" para remarcar que es lo que verdaderamente nos constituye, y no algo más allá de nuestra humanidad. Si, cuando abordo las transformaciones que comportan las sociedades de conocimiento, insisto en la importancia de distinguir entre las distintas funciones que llevaban a cabo las religiones, es para que podamos dar respuesta adecuada a los dos ámbitos que proporcionaba la religión: el del proyecto colectivo y la iniciación y expresión de esa segunda dimensión generadora de cualidad humana –llámale cultivo de la espiritualidad, si quieres-. Prescindir de nuestra doble dimensión sería una calamidad.

Háblame más de esas dos funciones, si te parece.

La finalidad primaria de mitos, símbolos y rituales (las religiones) es, o era, construir un viviente cultural viable en unas circunstancias determinadas. La cultura completa la indeterminación genética de nuestra especie, eso no hay que perderlo de vista. Pero si consideramos la doble dimensión de nuestra aproximación a la realidad vemos que las religiones, como programa cultural, daban respuesta a las dos a un tiempo. Una misma estructura servía a las dos dimensiones, al cultivo de ambas: estructuraba el modo de sobrevivencia y alimentaba la dimensión gratuita. Dotaba a los grupos humanos de una naturaleza y un mundo viables y expresaba y cultivaba la dimensión absoluta de la realidad, en una unidad indisoluble. Esta hermosa y completa estructura fueron las religiones. Por mucho que nos pese, ese mundo es el que estamos dejando atrás.

Recuerda, por ejemplo, lo que se vivía en la Semana Santa, cuando un conjunto de rituales que reactualizaban todo un corpus narrativo modelaban profundamente el sentir de la sociedad. A partir de un símbolo esencial -como es el grano enterrado que renace y da vida-, la

matriz muerte/resurrección sirve para dar sentido a todo, impregna la concepción del mundo, la organización social, la propia vida personal: todo. También la experiencia profunda, gratuita, la experiencia desde el silencio de la necesidad. Lo mismo podríamos decir del Akitu babilonio, y de tantos otros ejemplos. Año tras año, así como se renueva la vida de la naturaleza, todo ese conjunto mítico ritual reafirmaba y alimentaba el sistema colectivo y ofrecía experiencia espiritual.

Sí, resulta difícil imaginar algo parecido hoy...

Varios motivos nos alejan de ese modelo unitario. Por un lado está el hecho de que nuestra relación de sobrevivencia con la realidad ya no es directa, como lo eran el conjunto de acciones físicas del mundo de la caza, la agricultura o el pastoreo. La sensibilidad no queda implicada de la misma manera en una relación mediatizada por la abstracción, por las ciencias y las técnicas; y si la acción no es sensitiva no puede llegar a generar impacto axiológico ni convertirse en patrón de interpretación.

Por otro lado para las culturas preindustriales, la vida y la forma de vivirla, todo, procedía del lado absoluto de la realidad. Aunque expresado en mitologías muy diferentes, había algo incuestionable: en el origen, había habido una creación y una revelación. Del mismo modo que la realidad no era "producto humano", tampoco lo eran los medios de sustento y las formas adecuadas de vivir. Las sociedades cambiaban, claro, pero esos cambios se producían tan lentamente que ninguna generación era consciente de ellos. Todo el saber, sobre todo en lo programático axiológico, es decir, en todo aquello que tenía que ver con el sistema de valores del grupo, se sentía como recibido "de lo alto" y transmitido a través de las generaciones. Y lo importante, de cara a una correcta sobrevivencia era bloquear cambios, asegurar una perpetuación del modelo, sin modificaciones importantes, para mantener vivos los lazos con Dios, o los dioses; alimentar la comunión con la fuente de la creación, de la vida, con quien había revelado el saber, cómo había que vivir, etc. Creación y revelación eran la base de la religión; estamos hablando de paradigmas heterónomos. Todo eso ha quedado atrás. Para nosotros no hay creación ni hay revelación como la interpretaban y vivían las sociedades preindustriales. Si no hay creación ni revelación, no hay fuente última, no hay heteronomía.

¿En qué sentido?

Percibimos que construimos todos nuestros saberes, valoraciones, modos de vida y organizaciones. Ya nada nos viene dado, no hay un saber ahí fuera esperando revelarse. Date cuenta que incluso las ideologías, y las ciencias, hasta mediados del siglo XX se pensaban –en cierto modo– como revelación. Ya no de los dioses, sino de la naturaleza, de la naturaleza de las cosas: el saber científico se pensaba como

descubrimiento de unas leyes que estaban ahí esperando a ser desveladas; y bajo el mismo patrón se veía el pensamiento económico y las ideologías. Ahí se ha producido un giro radical. Vivimos con la conciencia de movernos entre interpretaciones -siempre limitadas- de la realidad, sin puntos de referencia absolutos; de ahí que queden tan desplazadas las bases de unos sistemas religiosos que enlazaban con un fundamento firme. Un giro que no se produce de un día para otro, ni al mismo ritmo en todas partes. En Europa hemos vivido en sociedades mixtas durante casi doscientos años, a la vez preindustriales e industriales. Esa mixtura estaba presente en la sociedad y en las personas, con algunos aspectos vividos desde el registro industrial y otros según el modelo previo: ciencia, política y economía por un lado y religión, moralidad, familia... por otro.

Durante el 98% de la historia de la humanidad, se pensó que el proyecto colectivo venía dictado desde los cielos. Para otro 1 o 2%, la ciencia y la filosofía descubrían la naturaleza de las cosas, y de esa naturaleza se deducía un proyecto colectivo que, por tanto, también tenía prestigio externo. Y aquí estamos hoy, inmersos en el desarrollo de unas sociedades que viven de la creación continua de conocimientos, que está extendiendo la globalización a todos los pueblos de la tierra...

Y todo ello con la consciencia de tenernos que hacer nosotros los proyectos colectivos para asegurar la sobrevivencia y también para cultivar la espiritualidad, la cualidad humana. Y como es la primera vez que nos enfrentamos a ello, de forma consciente, no tenemos todavía un saber de cómo manipular lo axiológico, ¡hemos de generarlo a toda prisa!

Esa es la "epistemología axiológica" en la que estás enfrascado ahora, el tema central de tus últimas publicaciones.

Sí. Tenemos que crear ese saber ya que debemos ser capaces de construir nuestra propia motivación para vivir. Y nuestras construcciones han de ser aptas para cambiar conscientemente al paso de las transformaciones constantes que las tecnociencias introducen en nuestro modo de vida, en nuestras formas de pensar, sentir, organizarnos, valorar y actuar. No pueden apoyarse en nada que fije, no pueden partir de creencias, ni laicas ni religiosas. Cualquier fijación es un obstáculo a la creación. Pero eso sí, es imprescindible poder contar con una base sólida de cualidad. ¿Cómo hacemos? No dejo de llamar la atención sobre este punto: en el pasado el propio proyecto que orientaba a la colectividad era la forma de cultivar la cualidad humana. Ahora la cualidad es el suelo desde el que hemos de construir el proyecto. De ahí la urgencia de poder contar con procedimientos acreditados para adquirir esa imprescindible cualidad humana.

Subrayas a menudo la importancia de distinguir bien entre las dos funciones que ejercía la religión, para poder aprovechar lo que en ese legado religioso se ofrecía.

¡Sería absurdo pretender reinventar todo de nuevo, sin aprovechar tres mil años, o más, de sabiduría! Que el cultivo de la dimensión gratuita ya no ande a la par con unos modos de vida religiosos que han quedado atrás no quiere decir que no podamos heredar toda la sabiduría que esas formas encierran.

Aprovechar el legado de sabiduría... Una imagen tuya recurrente es la del vino y de la copa: que unas copas obsoletas no nos dejen sin acceso al vino. ¿Cómo lo concretarías? ¿Qué es lo que debemos aprovechar?

¡Todo! ¿Qué aprovecho yo de la música barroca o de la impresionista? ¡Todo! La profunda vivencia de la belleza, indago en ella, me sumerjo en ella, no elijo, ¡me lo quedo todo! Pero eso que “me quedo” es sin forma y, como es sin forma, no puedo hacer trasplantes. Como ocurre en el arte, no podré copiar unas formas, sino que a base de escuchar, ver, oír, estudiar, puedo adquirir cualidad, afinar, captar lo sutil, ponerme en comunión con ello, asumir toda esa riqueza, “el espíritu, no la letra” – como nos dice el Evangelio– y, con todo ello, orientar un trabajo serio del interés, del desapego, del silencio... que son las actitudes básicas del cultivo de la cualidad humana de las que nos hablan todos los maestros, es decir, del cultivo de la dimensión gratuita, la no egocentrada.

¿La síntesis de ese cultivo sería generar silencio?

Es más complejo que eso, es generar un interés sin condiciones, en una actitud que es una, pero que tiene tres caras: interés, desapego, silencio. Fomentar un interés incondicional por todo; fomentar una distancia, un desapego de nuestras necesidades, como quien da un paso atrás en relación a las propias demandas, para poder ver. Fomentar el silencio interno, de la mente y del sentir, al acercarnos a las realidades, para que puedan decir lo que tienen que decir, y no lo que nuestra necesidad les impone que digan. Ese cultivo del interés, del desapego y del silencio se lleva a cabo desde aquello que nos constituye como vivientes: la mente, el sentir y la acción. Si observamos cuidadosamente, en cualquier tradición religiosa encontraremos procedimientos metódicos para introducirse en un uso de la mente que no trabaja en torno a las construcciones mentales del yo, sino como lucidez que busca romper con ese monopolio de la visión egocentrada; un cultivo de un sentir desegocentrado, “muerto” a las demandas del yo. Y un actuar gratuito. Mediante el uso desegocentrado de las capacidades es como podemos cultivar el verdadero silenciamiento, desapego e

interés incondicional, ¡todo incondicional! porque sólo así podré silenciar mis patrones. Es lo que las religiones llamaban “morir a sí mismo”, ni más ni menos. Hablar sólo de silencio es empobrecer lo que realmente se está proponiendo. No hay silencio sin las otras dos: es “I” más “D” más “S”, “IDS” –como me gusta caracterizarlo–.

Pero “IDS” es una actitud que adopta formas distintas según sea el modo de vida; no hay un único patrón de silenciamiento del yo. El interés por todo, en una sociedad jerarquizada, basada en la revelación divina, lo natural es que se viva como sumisión. Por decirlo de forma simple: dentro de ese modelo cultural, sentirme “esclavo del Señor” puede ser una buena orientación para aumentar el interés gratuito y el desapego. En cambio, en una sociedad basada en la constante innovación en todos los órdenes, el interés gratuito tendrá mucho que ver con la actitud de indagación comprometida; que además no puede llevarse a cabo en solitario, porque somos vivientes simbióticos. O sea indagación compartida, indagación en comunión honda y plena, y en radical actitud de servicio. Así, de forma esquemática, tendríamos que indagación, comunión y servicio (“ICS”) serían los rasgos propios de la práctica de “IDS” de una sociedad que se mueve a toda velocidad, que ha de ser flexible y no puede apoyarse en mandatos ni en certezas inamovibles.

Esa práctica de “IDS” alimentada y guiada por la lectura meditada y atenta de los grandes textos de sabiduría, es lo que nos facilita el cultivo explícito de nuestra cualidad específica, tan imprescindible para nuestra humanidad y para nuestras organizaciones y proyectos. Y nos permite, a la vez, adentrarnos en el conocimiento y sentir de esa dimensión absoluta de lo real, en una indagación que no busca resultados. Esa cualidad del conocer y sentir destruye el egoísmo y abre a un amor incondicional a todo. Conduce a la paz y a la ecuanimidad, porque al romper la clausura del ego sobre sí mismo, elimina la fuente de todo deseo y de todo temor.

Ese es el saber que nos ofrecen. Hay ahí una riqueza inconmensurable, miles de años de búsqueda, de compromiso; y dejarse guiar por todo ello es, creo, mantener viva la riqueza de las milenarias tradiciones de sabiduría: fieles a ellas, a su “espíritu”, pero sin quedar desplazados de las condiciones del presente; al contrario, totalmente implicados en la construcción del presente.

De hecho en algunas de tus publicaciones vas comentando esos grandes textos de sabiduría. Antes mencionaba “Conocer desde el silencio”, pero pienso también en “Métodos de silenciamiento”, “Más allá de los límites” o “Silencio desde la mente”. Son obras en las que vas ofreciendo herramientas de “IDS”, destilándolas de la lectura de textos.

No lo vivo como “ofrecer unas herramientas”, sino como compartir un trabajo personal. Como te decía, entrando en comunión con esas fuentes de sabiduría te pones en contacto con la cualidad que las impregna; en un itinerario que te fuerza a desbrozar, a indagar, a silenciar moldes y, compartiendo esa indagación, espero estar mostrando lo que aporta; y que es posible hacerlo, hoy y aquí, sin tener que adoptar las formas de pensar y de sentir de los entornos culturales en los que surgieron esos textos, esos maestros.

Tu insistencia en no perder de vista los textos

Es importante aprender a leerlos para poder recibir lo que encierran, por lejos que puedan quedar los mundos en los que surgieron. No es fácil pero es posible. Igual como hemos aprendido a captar la belleza en el arte de mundos desaparecidos. Como te comentaba, me empararé de ese legado, aprenderé todo lo que pueda, pero cuando quiera pintar no lo haré copiando sus formas. Lo mismo vale para el camino interior, para la vía del cultivo de la profunda cualidad humana.

Has dicho que para nosotros no hay revelación como la interpretaban y vivían las sociedades preindustriales. En algún sentido ¿hablarías todavía de revelación?

Sí. Pero no como revelación de verdades, de fórmulas, de maneras de interpretar y valorar la realidad, de maneras de actuar, organizarse y vivir. Puede haber revelación, pero de la verdad que se dice en formas y que no es ninguna forma; puede haber revelación como revelación de presencia y certeza absoluta que, expresándose en formas, es siempre libre de toda forma y trasciende toda forma. Revelación de una verdad que es presencia y certeza que no se liga a formas aunque las usa. Revelación de espíritu de amor, no de formas de actuar y organizarse. Revelación de lo que no puede ser interpretado, ni objetivado; de lo que lo hace todo valioso, sin que lo revelado sea ningún valor definido; de lo que genera el amor a todo, sin que sea un objeto de amor. Hay revelación de lo que es ser y conciencia pero sin que sea ningún sujeto ni ninguna realidad objetivable. Ahí está la fuente de la cualidad, ahí el reconocimiento de la dimensión absoluta, el punto de apoyo de nuestras creaciones axiológicas.

El “vino”... el testimonio de la dimensión no relativa de la realidad, que nos llega a través de todas las tradiciones religiosas de la humanidad. Tu empeño durante años ha sido que aprendiéramos a leer esos textos como orientación a la dimensión absoluta. Heredar, pero no copiar; no hay método... ¿No es una opción muy minoritaria? –te cuestionan a menudo.

Si a los críos les facilitas el contacto con la música, desde pequeños, todos pueden disfrutar y crecer con la música, incorporar esa dimensión a su vida. ¡Forma parte de nuestra naturaleza! Pero si no es así, la música queda reservada para unos pocos... La causa está ¿en la música o en la sociedad que organizamos? Lo mismo vale para el cultivo de la cualidad; la invitación es para todos, ese doble acceso a la realidad es lo propio de la naturaleza humana. Pero si no se facilita, si no aprendemos a leer...

En lo que nos han transmitido podemos ver cómo han hecho, dónde han puesto el acento; nos muestran su radicalidad en el cultivo del interés, del distanciamiento, del silencio de sus expectativas... Pero es verdad, no hay procedimiento, no se puede decir "paso uno, paso dos, y paso tres". Es un arte, una estrategia, que cada uno ha de ir creando día a día, implicando en la búsqueda cabeza, corazón y manos, la totalidad del ser.

Como se nos pidió que a lo largo de la conversación abordáramos también aspectos de tu actividad y de tu vida –y como ya sé que es bastante difícil lograr que hables de ti–, voy a hacer aquí un inciso. Si intento hacer una síntesis de tu quehacer, yo diría que a lo largo de todos estos años no has hecho ni más –ni menos– que volcarte en aportar tu grano de arena en hacer frente a esa doble intemperie en la que –insistes– nos sitúa la transformación de los modos de vida. Analizar para prospectar, para poder proponer medios viables tanto en el ámbito de la construcción de proyectos colectivos como en el ámbito del cultivo de la dimensión gratuita, absoluta.

Tras más de diez años de investigación, te doctoras por la Universidad de Salamanca. Cuando el equipo de trabajo del Instituto Científico Interdisciplinar se dispersa, te incorporas al Departamento de Ciencias Sociales de ESADE como investigador e impartiendo cursos en los programas de doctorado. También das clases en la Fundación Vidal y Barraquer. En esos años profundizas sobre las condiciones de las sociedades de conocimiento que se iban abriendo camino tan rápidamente, sus consecuencias a nivel de valores, de organización social y económica, etc. Publicas Proyectar la sociedad, reconvertir la religión (Herder). Pero sin dejar de lado, ni mucho menos, la indagación sobre cómo vivir esa dimensión de cualidad (la espiritualidad) en las nuevas condiciones. Están ahí las obras Religión sin religión (PPC), El camino interior más allá de las formas religiosas (Bronce) y, más recientemente, Hacia una espiritualidad laica (Herder). Y a nivel de actividad (porque si algo tienes es que siempre estás con un pie en la teoría y otro en la práctica), durante años has acompañado a más de un grupo de estudio; personas que semana tras semana se han ido reuniendo contigo intro-

duciéndose en la práctica del silencio y en la lectura compartida de textos. Y así hasta la creación de CETR, en el curso 1999-2000, con el objetivo de que fuera un espacio de reflexión al servicio del acercamiento a toda esa “herencia” milenaria.

Sí, se dieron una serie de circunstancias que hicieron posible intentarlo; por mi parte, estaba jubilándome en ESADE, podía dedicar más horas. Se había creado ya un buen equipo de trabajo a lo largo de todos esos años, con ganas de echarle horas y dedicación al asunto. Como una fruta madura, así viví yo el nacimiento del Centro.

Voy a hacer un poco de abogado del diablo, poniendo sobre la mesa cuestiones que se te plantean a menudo, tanto en relación a aspectos teóricos como acerca de las propuestas prácticas. Por ejemplo: el camino lo ha de hacer cada uno, es personal... ¿una propuesta para ensimismados? ¿ande yo caliente y...?

Responsabilidad, iniciativa, esfuerzo, aventura radical de cada uno. Nadie puede ahorrarte tu total responsabilidad personal. Pero eso no quiere decir en soledad. Compartir, intercambiar con otros, apoyarse, comunicarse desde lo hondo, desde el propio intento... ¡como los aprendices en un taller de pintura! Lo que no podrá haber es una estructura jerárquica, ni una actitud de sumisión a unas normas, a unas verdades, a unos intermediarios. No hay más “autoridad” que la cualidad, la maestría que se desprende de la experiencia. Y punto. Grupos móviles, flexibles, al servicio de la libertad y del aprendizaje de todos, en los que cada uno se pone al servicio de los demás.

¿Hay alguna diferencia entre “cultivo de la cualidad humana” y “desarrollo personal”?

Uno se basa en “IDS”, el otro en la preocupación por el ego. Pero más allá de nombres o etiquetas, lo que importa tener claro es que hay una actitud que es indagación y otra que no, una parte de un interés incondicional por toda realidad y otra busca satisfacer las propias necesidades (aunque sean necesidades “sutiles”). Y eso, se haga el camino que se haga, se ha de tener muy claro. Es una trampa que siempre ha estado ahí, también cuando la espiritualidad podía vivirse en formas religiosas. Si lo que estás buscando es tu realización o tu salvación... eso no tiene que ver con la cualidad honda. La indagación que se interesa por todo, ¿salva? ¿genera paz? Sí, pero ¡la paz del que ha muerto a sí mismo! La paz de quien ya es, por completo, servicio y amor a todos y a todo: personas, plantas, vida, el Planeta, ¡todo!

Si me tuvieras que vender esa “oportunidad” de morir a sí mismo...

La argumentación del Buda es soberbia: si te apoyas en tu persona que es una estructura de deseos y de expectativas, te apuntas a la lista de los que sufren. Si silencias esa estructura, los deseos, con sus luchas y sus miedos, los recuerdos de los que vives, como si ya no importaras nada, te sales de esa rueda de dolor. Intentamos encajar la realidad en esa estructura más o menos maltrecha; y tarde o temprano el resultado es la frustración. Si no quieres eso, salte de ahí. ¿Cómo? Sintiendo, conociendo, actuando "al servicio de"

Otra: "religión a la carta", picotear de varias religiones tomando lo que te gusta. ¿Vas por ahí?

Volveríamos a lo de las dos actitudes. Que elijas una fuente o varias, esa no es la cuestión, sino de quién te estás ocupando, si de ti o de la realidad. Si te acercas a esas fuentes desinteresadamente, estudiando a fondo... ¡no tiene nada que ver con picotear! Ni tampoco vas a hacer tu pieza con un trozo de Mozart, otro de Wagner y otro de Debussy. Debes mucho a lo que te han enseñado todos ellos, pero tu hacer será otro, distinto. Y será unitario, no un collage.

Una y otra vez vuelves a esa necesidad de heredar de toda esa maestría que nos ha precedido. Siempre me resulta chocante cuando leo u oigo a alguien afirmando que te "cargas las religiones". ¿Cómo te situarías en relación a otros autores que trabajan "el fin de lo religioso", el proceso de laicización, etc.?

Mientras no se abordan los mitos como vehiculadores de un modo peculiar de conocimiento, mientras se parte del presupuesto de que el único conocimiento válido es el científico, ni se percibe ni se puede analizar lo que tenga relación con la dimensión no relativa y gratuita de la realidad, ya que ésta queda invalidada de entrada. Esa será la actitud del existencialismo de Sartre, por ejemplo, del neopositivismo, del marxismo o del cientismo, que verán las estructuras míticas como falsedades superadas. Freud lo intentará explicar como sublimación de la sexualidad... Años más tarde, autores actuales como Marcel Gauchet, o Comte-Sponville, sí que recogen que ahí hay una dimensión humana que hay que cultivar. Pero no aprecian la sabiduría de los antepasados en relación a ella –vertida en lenguaje simbólico y mítico–, y de ahí que la desatiendan. No muestran interés hacia lo que puedan aportar las tradiciones religiosas, esa podría ser la diferencia principal entre su actitud y la mía.

En mi caso, a partir del análisis de la doble función de las estructuras míticas religiosas, he procurado ofrecer instrumentos para distinguir el cesto del niño, para no echarlo todo por la borda innecesariamente. No me "carga" nada: describo, esforzándome por estudiar el tránsito, precisamente para no perder lo valioso. Nos guste o no, no podemos

seguir igual que siempre, y no sirve de mucho esconder la cabeza bajo el ala, como si no estuviera pasando nada. Hay que comprender a fondo las nuevas condiciones culturales, aceptarlas y construir desde ellas. Por amor a lo que en ese legado religioso se dijo y se mostró. Por veneración y reconocimiento a todo ello.

También te critican lo poco beligerante que eres hacia la sociedad científico técnica, como si bendijeras todo lo que se haga desde ella

Para buscar las vías de cultivo de la cualidad humana en las condiciones de las nuevas sociedades, lo primero que hay que hacer es comprenderlas y aceptarlas. Si partimos de la interpretación de que los cambios culturales que estamos viviendo son decadencia y fruto de decadencia, poco aportaremos. Aceptar no significa aprobar. Aceptar es comprender, no rechazar, no condenar, acoger y amar. En la situación cultural a la que hemos ido a parar, fruto de siglos de marcha, hay algo inevitable: ir a desembocar a una sociedad de innovación y cambio continuo, sin heteronomías, autónoma, global. Y también algo evitable: las sociedades científico-técnicas de innovación y globales no tienen que ser forzosamente, ni mucho menos, neoliberales de explotación de personas y del medio. Las nuevas sociedades son libres para desarrollar un tipo de sociedad u otro, un proyecto colectivo u otro. Con los medios científicos y técnicos de que disponemos se puede construir muchos tipos de sociedades. Sea cual sea la cultura, la humanidad está hecha del mismo material. Todos los escenarios culturales están contruidos por seres egocentrados y depredadores, y la construcción es para seres egocentrados y depredadores. En ese sentido, todas las culturas están igualmente alejadas y distantes del amor sin condiciones y la lucidez que nace del conocimiento silencioso. Nuestra es la responsabilidad de generar proyectos desde la cualidad y, por tanto, de facilitar y favorecer el cultivo de esa imprescindible cualidad.

Tendremos que ir acabando, y no me he asomado todavía al poeta. Contigo pasa un fenómeno curioso –al menos desde mi punto de vista–; bajo una misma firma aparecen varios personajes: el teórico de las formaciones religiosas, el de los cambios sociales, el comentarista de textos vedanta, sufíes, budistas, cristianos... y el poeta. Esos poemas y textos poéticos recogidos en A la intemperie o en Sentires sobre la vida y la muerte, por ejemplo (ambos publicados en Bubok). Páginas que son un canto a la existencia, a “Eso” que ahí se muestra. Y, en ellas, sorprende ver como puedes bucear entre expresiones teístas y no teístas, vas de Dios, a Eso, al Vacío, el Único, a El que es... asomándose en la noche estrellada o en los dulces ojos de una perra...

Bueno... es el reflejo de lo que ha sido mi indagación. La realidad es

una, “esto es Aquello, Aquello es esto” –dice el Shin Jin Mei–; no puedo desentenderme de nada, interesándome por la marcha de la sociedad es como puedo trabajar la cualidad humana, pensarla, cultivarla; y sí, también he procurado comunicar la maravilla que se nos muestra, como he podido. En cuanto a expresiones teístas o no teístas... la verdad es libre de toda forma pero intentamos apuntar hacia ella a través de formas. Entre mis lecturas siempre he procurado alternar textos de corrientes bien distintas, o tener a mano más de uno a la vez, para no quedar fijado en ninguna forma de expresión de “Eso” que ninguna forma puede atrapar, por magnífica y venerable que sea. Al sumergirte a fondo en una escuela, o en una tradición, siempre acecha ese peligro de acabar identificándote con unas formulaciones determinadas.

Esa dimensión es conmoción sin forma, reconocimiento, certeza puramente sensitiva, lucidez sensitiva, una certeza tremenda, pariente cercana de la del artista. Y el artista no deja de buscar la belleza, cambiando de formas, porque la siente, pero sin forma alguna. La siente de una manera bárbara. Y no cambiaría su estilo de vida por ningún otro; aunque no tuviera éxito, aunque sufriera, aunque pudiera sentirse perdido, no la cambiaría. Porque genera en él una certeza que no podría definir, indescriptible.

La verdad que se liga a fórmulas no es verdad, subrayas en un texto. La verdad reside en formas pero no se liga a ellas. La verdad no somete, no condena, sólo libera, sólo desata cadenas. No excluye, no engendra durezas, sólo unifica, sólo sirve...

Es así; lo demás son formulaciones, no la verdad.

Hace ya más de doce años iniciabas un libro (El camino interior) con un apunte muy personal, algo poco frecuente en ti. Leo: “¡Cuánto queda por conocer y sentir, y qué tarde es! Delante de mí está desplegada una maravilla sin fin. Se me ha ido la vida apartando los obstáculos a la visión que la cultura y la religión han ido acumulando. Este viejo desbrozador, ¿tendrá tiempo para ver y sentir algo de lo mucho que hay? ¿Es ya tarde para mí? Dice Rûmî: ‘cuando el sol está conmigo, ¿qué es tarde?’”. ¿Escribirías lo mismo hoy?

Sí, sientes que has pasado la vida intentando discernir, y que justito empiezas a entrever... Pero sabes que esa preocupación no tiene sentido, que no son más que inquietudes del yo. Por eso me gusta recordar la enseñanza de Rûmî: no hay “dos” –nos dice–, y donde no hay dos, qué más da tarde o no tarde, ¡si no hay nada que conseguir! Y vale tanto la pena, no lo cambiaría por nada.